

Ironía y razón en la comunicación del devenir existencial en Søren A. Kierkegaard

Rafael García Pavón
Profesor-Investigador y Coordinador
del Posgrado en Filosofía de la Facultad
de Humanidades, Filosofía y Letras de la
Universidad Anáhuac Norte, México
rgarcia@anahuac.mx

Resumen

El presente trabajo ensaya el modo en que la ironía en Kierkegaard no se reduce a ser un instrumento retórico o un artilugio de la razón, sino que tiene el papel central de darle a la racionalidad filosófica un sentido abierto para comprender la verdad, no como adecuación o validez objetiva con un sujeto, sino como la realización del sentido propio de la existencia de cada individuo cuando debe elegirse en ella. La ironía es así en Kierkegaard un elemento constitutivo de la persona humana cuando se entiende que su sentido último se da con la relación original que lo ha hecho existir, y que no se identifica con su ego. En este sentido, la ironía configura el modo de la comunicación en la obra de Kierkegaard, está detrás de la razón de ser de los seudónimos, y se relaciona con una crítica a su época configurada como multitud y como acción de nivelación, con lo cual adquiere un valor para el pensamiento en todos los tiempos cuando éste se encuentra con la tentación de acomodarse a las fórmulas o abstracciones de la filosofía o la comunicación olvidándose de la tarea existencial de cada individuo en el tiempo. La ironía es el modo como se lleva a cabo el primer movimiento de la existencia como una suspensión teleológica, dejando al individuo dispuesto para el segundo movimiento de la fe.

Palabras clave: ironía, comunicación, seudónimos, existencia, multitud.

Abstract

The present work rehearses the way in which the irony in Kierkegaard is not reduced to being a rhetorical instrument or a device of reason, but it has the central role of giving philosophical rationality an open sense to understand the truth not as adequacy or objective validity with a subject, but as the realization of the proper meaning of the existence of each individual when it must be chosen in it. The irony is thus in Kierkegaard a constitutive element of the human person when it is perceived that his last meaning is given with the original relationship that has made him exist and that does not identify with his ego. In this sense, irony configures the mode of communication in Kierkegaard's work, is behind the reason for being of pseudonyms and is related to a criticism of his time configured as a crowd and as a leveling action, with which he acquires a value for thought at all times when it is tempted to accommodate the formulas or abstractions of philosophy or communication forgetting the existential task of each individual in time. Irony is the way in which the first movement of existence as a teleological suspension is made, leaving the individual disposed for the second movement of faith.

Keywords: irony, communication, pseudonyms, existence, crowd.

“Si la gente ha olvidado lo que significa existir religiosamente, lo más seguro es que también haya olvidado lo que significa existir humanamente; por consiguiente, debemos retroceder a ese punto. Sin embargo, esto no debe hacerse de ningún modo didácticamente, pues en ese caso el malentendido convertiría instantáneamente esta tentativa de explicación en un nuevo malentendido, como si el existir consistiera en llegar a conocer algo sobre un punto en particular” (Kierkegaard, 2009: 251, *SV* VII 201-211).

Introducción

Para Søren Kierkegaard el problema del pensamiento y de la filosofía es el de comprender la verdad de un modo esencial. Pero solo son verdades esenciales aquellas que tienen que ver con la existencia del sujeto cognoscente, que es un existente en el devenir del tiempo. Según Kierkegaard, la verdad no hace referencia a la identidad abstracta entre pensar y ser, ni a la de sujeto y objeto; es decir, ni a la verdad como adecuación ni como validez objetiva, sino a la verdad en la que el sujeto está en ella y llega a serla.

Las verdades esenciales son las del conocimiento ético-religioso, que requieren una reflexión en la interioridad, por la cual la verdad deviene la interioridad del sujeto. Porque de otra manera se relacionaría con la verdad sólo como un objeto, a distancia, o como algo que posee, pero no como la tarea que se le plantea a su propio devenir temporal; y por eso, en este sentido, el conocer de la verdad esencial como reflexión interior es que la verdad sea subjetividad y se experimente como pasión, paradoja, absurdo o ignorancia de sí. Esta es para Kierkegaard la sabiduría que Sócrates nos ha legado para todos los tiempos: “La afirmación de que la subjetividad o interioridad es la verdad, contiene en sí la socrática sabiduría cuyo inmortal mérito consiste en prestar atención al significado esencial del existir y al hecho de que el cognoscente es un sujeto existente. Esta es la razón por la cual Sócrates, en su ignorancia, se hallaba en la verdad en su más alto sentido dentro del paganismo.” (Kierkegaard, 2009: 206; *SV*: VII 171)

Sócrates, por ello, era un maestro de lo ético, porque comprendía que la comprensión y comunicación de la verdad, el camino de la filosofía, en la relación maestro-discípulo, no puede ser de modo directa, porque eso significaría que uno de los dos dejaría de ser un sujeto existente para convertirse en el objeto del otro; es esta distancia, esta diferencia de que la verdad es la interioridad, por lo cual Sócrates utilizó como estrategia y forma de vida la ironía, mediante la cual de modo indirecto cada uno debe relacionarse en su reflexión

interior con la verdad en el tiempo, y no con las determinaciones de la didáctica del que le comunica. La ironía es el elemento central para una comunicación de una verdad que implica la realización en la interioridad de un sujeto y una relación personal. Luego entonces, la filosofía debe tomar una forma irónica en su modo de comunicar las razones.

Esta forma irónica de la razón es el deber moral de la literatura o de lo poético contra la pretensión de los tiempos históricos –los de Kierkegaard y los nuestros- de sustituir la comunicación persona a persona por el de la prensa o el Facebook, a través de los cuales el anonimato permite que se diga o se desdiga de todo lo que existe como si fuera verdadero por el hecho de publicarlo, sin relación a la existencia y, por tanto, a la responsabilidad del que comunica o de a quién es comunicado. Por ello la época presente ha sustituido la pasión por el de la nivelación; el de la pasión por existir por el de la publicidad, en la cual la verdad queda reducida a mostración o mención.

1. Ironía y Razón: escritura sin autoría.

Literatura y filosofía, como ironía y razón. Ese es el horizonte al que Kierkegaard nos invita como desafío moral para llegar a ser la verdad que se devela en la reflexión interior, como un camino no cursado, como un horizonte abierto, como ironía. Lo cual no es más que una forma de decir que para que la vida tenga sentido como seres humanos, se requiere un modo irónico para nuestros tiempos. Porque todavía peor, la comunicación y pensamiento de nuestros tiempos ya no solo es directo, sino inmediatamente directo, por el cual la interioridad queda desplazada a la manipulación del público o al confort de la multitud, despojándonos del sentido moral del tiempo que se desvanece en lo efímero.

Es así como podemos comprender la actualidad de la obra de Kierkegaard como filosofía y literatura, como ironía y razón, como poeta de lo religioso, que logra mover al individuo fuera de la multitud, de la nivelación del público, para que cada uno vuelva a mirar de nuevo a su dignidad con responsabilidad personal y singular: “That is to say, the aforementioned category [of the Single Individual] is used by Kierkegaard to, on the one hand, rouse his fellow-citizens as true individuals and, on the other hand, advocate and ideally preserve the existence of the individual in opposition to the mass” (García Martín, 2017: 104). Pues la ironía, como forma literaria y forma de vida, permite la apertura y la distancia necesaria para que cada interlocutor pueda adentrarse en lo comunicado en su interioridad adquiriendo no razón de ello, sino la propia razón; no entender una idea, sino elegirse en la idea. Esta forma es lo que Kierkegaard llama comunicación indirecta, en la cual el

pensamiento adquiere la forma literaria de la ironía en una multiplicidad de estilos y de autores seudónimos: una comunicación personal, desde situaciones existenciales ideales y, al mismo tiempo, no en dependencia de la persona del autor de los seudónimos, pues como dice Kierkegaard la intención es: “el deseo de releer solitariamente, a la distancia que representa el alejamiento de la doble reflexión, y, de ser posible, de una forma más interior, el texto original de las humanas e individuales relaciones existenciales, aquel familiar y antiguo texto heredado por nuestros padres.” (Kierkegaard, 2009: 631; *SV VII* 548-549)

Ser irónico no pertenece sólo al ámbito del ingenio, del discurso o del tipo de personajes que se insertan en el cambio de una época de excesiva racionalización, sino en la condición misma del ser humano como un ser con una carga ontológica específica, pero que se abre y está llamado a realizarse en la propia existencia.

Para comprender mejor esta forma y efecto irónico de los autores seudónimos podríamos hacer el ejercicio de preguntarnos: ¿quiénes son estos autores seudónimos? Por ejemplo, en relación con la obra *Temor y temblor* si nos preguntamos ¿quién escribió *Temor y Temblor*?, viene al caso por la evidencia de que el texto, aunque sabemos que es de la autoría de Kierkegaard, está firmado por un seudónimo llamado Johannes de Silentio. Y no sólo eso, sino que el estilo del texto, las tesis, premisas y conclusiones de este, pero sobre todo el tono del escrito contrasta con otros de sus textos. Aún más. La obra de Kierkegaard consta de más de 142 obras firmadas con seudónimos. Inclusive en la obra del *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas* (1846), Kierkegaard escribe un texto que se llama “un vistazo a un esfuerzo contemporáneo en la literatura danesa” (cfr. Kierkegaard, 2009), en donde el seudónimo Johannes Climacus hace una revisión crítica de todas las obras seudónimas de Kierkegaard y escritas por el mismo Kierkegaard del año 1841 a 1846 bajo una misma búsqueda: ¿qué significa existir como un individuo singular?

En la obra *In Vino Veritas*, los personajes que debaten son 4 de los seudónimos de Kierkegaard. Y en obras como *El concepto de la angustia o La enfermedad mortal*, escritas por seudónimos, citan, se refieren y discuten con otros seudónimos. Parece como si Kierkegaard haya puesto frente a nuestros ojos no sólo una serie de ideas, conceptos y reflexiones, sino éstas mismas personificadas en un gran teatro existencial en el cual la pregunta ¿quién escribió *Temor y Temblor*? se vuelve más problemática. Algunos especialistas en el pensamiento de Kierkegaard han llevado esta pregunta hasta el grado de decir que el mismo Kierkegaard es un seudónimo; o que inclusive no hay tal autor Kierkegaard. Pues si esto no fuera suficiente, el Diario y los papeles de Kierkegaard, que en

volumen igualan a su producción escrita y publicada, él mismo discute, explica, se distancia, se acerca con sus propias obras y sus propios seudónimos.

Por lo tanto, la pregunta ¿quién escribió *Temor y Temblor*? Está claro que no es una obviedad o una simpleza, sino la expresión misma de la ironía o del humor kierkegaardiano. Ahora bien, la pregunta podría ser formulada como sigue: ¿para quién escribió *Temor y Temblor*?; o bien, cada seudónimo ¿a quién se refiere, qué influencias tiene, cuál es su historia? Y la ironía de la pregunta tiene que ver precisamente con la forma en que el mismo Kierkegaard escribe de sí mismo o de su obra, en la cual finalmente su carácter de autor se desvanece o se muere, diría Roland Barthes. Y, sin embargo, esto nos comunica una idea fundamental que el mismo Kierkegaard expresa en su obra *Mi punto de vista*: que él no es un autor, sino sólo un escritor que ha sido instrumento de la providencia en un acto de amor al prójimo para comunicar la verdad; pero no la verdad que poseo, sino la verdad que me llama y me comprende antes de sujetarla a mis circunstancias y categorías, y que sólo puede llegar a serlo mediante la propia elección.

¡Vaya ironía! Interpretamos como autor a quien se dice no ser un autor, tenemos una obra de más de 25 tomos de un autor que declara no ser ni filósofo, ni un buen cristiano, y cuyo único talento es tener el poder de ver la verdad, aunque no pueda serla; es decir, un poeta de lo religioso. Lo cual es para el propio Kierkegaard, y me refiero a las palabras que firma con su nombre, un enigma, una interrogación y una vocación que le provoca un conflicto moral y existencial. Pues, ¿cómo comunicar una forma de ser (humano o cristiano) si él mismo no puede o no siente las fuerzas para llevarlo a cabo?; es decir, conoce la verdad, pero es un tipo de verdad que implica comprometerse con ella a través de la acción. Como dice Kierkegaard:

Y ahora, en cuanto a mí, el autor, ¿cuál es, de acuerdo con mi opinión, mi relación con la época? ¿Soy, tal vez, el Apóstol? ¡Abominable! Nunca he dado motivo para tal juicio. Yo soy una pobre e insignificante persona. ¿Soy entonces, el maestro, el educador? No, nada de eso; yo soy aquel que ha sido educado, o cuya profesión de autor demuestra lo que es ser educado para llegar a ser cristiano. En cuanto esa educación me presiona y, en la medida en que me presiona, yo presiono a mi vez sobre esta época; pero yo no soy un maestro, sino solamente un discípulo. (Kierkegaard, 1997: 109)

A lo que quiero llegar es que para Kierkegaard su obra y su forma de vida responden a la vocación e inspiración que la Divina Providencia ha tenido en él; no al propio control y autodeterminación absoluta que pudiera haber hecho sobre sí como un sujeto moderno que se identifica con su propia afirmación o su propia naturaleza:

Si tuviera que expresar, con la más categórica expresión, la parte que el Divino Gobierno ha tenido en toda mi actividad como escritor, no conozco expresión más decisiva o sugestiva que ésta: el Divino Gobierno me ha educado, y la educación se refleja en el proceso de la productividad (...) No era, como he dicho, mi intención original la de llegar a ser un escritor religioso. Yo había reflexionado que la expresión más vigorosa del hecho de que yo hubiera sido un hombre religioso y que los seudónimos fuesen algo ajeno a mí, consistía en la abrupta transición: ir inmediatamente al campo para buscar curación como párroco campesino. (...) De todos modos era tan grande la urgencia de productividad para mí que no podía hacer otra cosa; dejé que aparecieran los *Dos discursos edificantes* y llegué a un entendimiento con el Divino Gobierno (...) Y encontré un camino para satisfacer lo religioso convirtiéndome en escritor religioso. (Kierkegaard, 1997: 106-107, 121)

En el mismo texto Kierkegaard hace toda una reflexión del proceso de cómo se convirtió en un escritor, y cómo este proceso ha seguido un movimiento por el cual la producción de su obra no le era completamente clara cuando la escribía, sino al momento de dejarla de escribir; y en este proceso se convirtió en poeta, en un observador cuyo deber era, por amor al prójimo, poner en evidencia la ilusión de la Cristiandad. ¿Acaso no nos suena esto a Sócrates, quien fue condenado a muerte por poner en evidencia con su forma de practicar la mayéutica, como camino de sabiduría, la ilusión democrática, ética y cultural de su época, y no porque él quisiera, sino porque se lo había revelado el oráculo, y descubrió el significado de la revelación en el proceso de investigación? En este sentido, la literatura no tiene como fuente al autor y la filosofía no reside en el pensador, sino en su relación con su divina relación original, por lo cual su forma debe ser irónica y, por tanto, indirecta para que el otro se relacione del mismo modo. ¿Podría ser que Kierkegaard viera un modo literario y filosófico de predicar, como deja entrever W. H. Auden? (cfr. Auden, 2013)

Esta es la ironía, cómo la muestra Luis Guerrero en su texto *La verdad subjetiva. Søren Kierkegaard como escritor* (cfr. Guerrero, 2004), al indicar que cada época tiene sus personalidades irónicas que, como expresiones negativas de la misma, manifiestan lo caduco y abren la posibilidad del cambio, es decir, del devenir. Tanto Kierkegaard como Sócrates, como personalidades irónicas, expresan la caducidad de su época y abren las posibilidades de devenir de otra manera; pero una que se oriente a la verdad. Lo que caduca es aquello cuyo valor se define sólo en relación con lo mundano y lo finito, que se valora por su tiempo y espacio particular de manera absolutamente dependiente a esas categorías o a esas formas finitas de pensar. Lo caduco es toda forma de la tentación ideológica de tomar condiciones de la realidad, mistificarlas, y convertirlas en un absoluto que aniquile y niegue toda posibilidad abierta, el carácter fragmentario o de devenir del ser humano. Por lo

tanto, la personalidad irónica es necesaria cada vez que una época pretende ser absoluta con sus propios medios. Más allá de Kierkegaard podríamos mencionar a E.M. Cioran como un irónico del siglo XX, o como se le ha llamado, un filósofo de la negatividad; ni se diga de Nietzsche.

Y la época que Kierkegaard critica es en parte una donde todos se sienten autores, por ello podría entenderse que la primera obra del danés, dedicada a Hans Christian Andersen *De los papeles de alguien que todavía vive*, es una irónica, sarcástica y dura crítica a Andersen en sus pretensiones de ser autor de novelas. En pocas palabras, le dice a Andersen que no es un autor porque no tiene una cosmovisión del mundo. La literatura no tiene autores, solo escritores y la filosofía no tiene filósofos, solo pensadores.

2. Ironía y Verdad existencial: primer movimiento existencial.

Ciertamente, esta cuestión de la ironía no es del todo nueva en la época, sino que Kierkegaard se inserta en el debate planteado por el pensamiento del romanticismo alemán y el pensamiento de Hegel. Søren mismo la aborda como tema central de su tesis doctoral haciendo una referencia constante a Sócrates, para por un lado criticar la visión romántica, pero asumiendo su contenido de verdad; y por otro, criticar la visión hegeliana, asumiendo su contenido de verdad. Así pues, Kierkegaard aporta una teoría nueva y original, que es una revisión contemporánea de Sócrates.

El romanticismo tiene razón en cuanto a que el pensamiento sobre la realidad siempre es fragmentario y la ironía nos autolimita dejándonos abiertos al infinito develamiento de la realidad. Esta no puede ser contenido por ninguna institución históricamente establecida, sino que es una realidad trascendente; pero no tiene razón cuando la ironía se vuelve el fin mismo de la existencia y, por tanto, nunca hay posibilidad de reconciliación. Desde otro punto de vista, Hegel tiene razón al criticar la ironía romántica como un elemento que puede destruir formas válidas de ser en el mundo y convertirse en una mera negatividad; pero no tiene razón al pretender decir que es una inmoralidad porque la realidad es un todo definido lógicamente por el devenir histórico, que tendrá su punto final en la plenitud de los tiempos históricos y será transparente para el sujeto y el mismo sistema. Para Kierkegaard la ironía es entonces una forma de no caer ni en la tentación romántica de absoluta negatividad, ni en la hegeliana de aniquilarla, porque de alguna manera la determinación de la realidad se da de forma positiva en el mismo sistema lógico de la historia (cfr. Kierkegaard, 2006b).

La ironía es una forma o un medio necesario para encontrarse con la verdad, pero no una finalidad. Es un medio necesario cuando la situación de la propia existencia me promueve el confort y el acomodo burgués en las circunstancias finitas del mundo ocultando la verdad. Esa verdad, como dirá Kierkegaard, que no lo es hasta que es elegida y realizada por la experiencia de cada individuo en su propia incomunicabilidad. Esta situación es lo que Kierkegaard llamará la multitud, donde:

la multitud es la mentira (...) y pone en su lugar el moderno (o más bien decir el viejo pagano) concepto de que ser un hombre es pertenecer a una raza fundada con la razón, pertenecer a ella como espécimen, de forma que la raza y las especies son más elevadas que el individuo, lo cual equivale a decir que ya no hay individuos, sino solamente especímenes. (...) la multitud se basa en el número, en lo numérico, en el número de nobles, de millonarios, de altos dignatarios, etc.; en cuanto algo entraña lo numérico hay multitud, la multitud. (Kierkegaard, 1997: 151, 153)

La multitud no es el número de personas en cuanto cantidad, sino la cantidad como categoría existencial o como imperativo categórico que determina la forma de ser éticamente. Por eso, Kierkegaard no niega que en el mundo temporal la multitud pueda tener cierta competencia; lo que define verdaderamente a un individuo es una realidad de corte ético, ético-religioso, la multitud no puede ser criterio de verdad moral. En la cristiandad este es precisamente el problema para Kierkegaard y, por tanto, la necesidad de una personalidad irónica, porque la cristiandad justifica su cristianismo por la cantidad de fieles, de formas, de años de existencia, etc. Como si la cantidad de años determinara mi relación libre y consciente de fe o de amor. En otros ámbitos de la vida, es como si la verdad del matrimonio estuviera en los años de casados; o, como suele suceder en los empleos, la cantidad de años en un cargo significara que esa persona fuera una persona más íntegra, o inclusive con mayor experiencia. En el fondo, la multitud es una abstracción, como dice Kierkegaard, en la cual el individuo dona su responsabilidad y desaparece como tal; lo que después Sartre llamará mala fe o Simone De Beauvoir sabiduría de los pueblos.

Así pues, la ironía es necesaria para despertar, movilizar al individuo de aquello que justifica haber abandonado su condición humana, su libertad y su responsabilidad, y por ende su contenido moral, a la multitud; la ironía le recuerda al hombre que es un proyecto no terminado ni finalizado como singular, de que es un *Homo viator*. La ironía es, en términos kierkegaardianos, un engañar para la verdad, un acto de suspensión teleológica: “la suspensión teleológica en relación con la comunicación de la verdad (es decir, suprimir algo durante un tiempo para que la verdad pueda llegar a ser más verdadera), es un claro deber para con la verdad, y se halla comprendida en la responsabilidad que el hombre tiene

ante Dios, para hacer uso apropiado de la reflexión que ha recibido.” (Kierkegaard, 1997: 125-126) La ironía como forma literaria es condición para la razón y no a la inversa.

Esto quiere decir que la ironía es, de alguna forma, un engaño con miras a comunicar la verdad en una situación en la cual la multitud nos hace creer que tenemos ya la verdad y que estamos justificados por sus propias razones; en esa situación cada individuo se encuentra en un estado de ánimo justificado por razones históricas que no le permiten darse cuenta de su condición humana como abierta y como singular, o de su propia responsabilidad, y que en términos religiosos sería la muerte de Dios y del individuo. La ironía es un engaño al hacer creer que somos como la multitud justifica; pero en el fondo nos da la zancadilla al negar indirectamente esas justificaciones y abrimos los ojos a otras posibilidades. En este sentido, Abraham es un tipo de personalidad irónica porque lleva a cabo una suspensión teleológica de lo ético con miras a la verdad de Dios. Algo similar se ve en la película de *The end of the Affair* (Neil Jordan dir., 1999), en la cual en un momento de desesperación una mujer atea se postra en oración al Otro desconocido y sin nombre para salvar de la muerte a su amante, que aparentemente ha muerto por una onda de presión de una bomba en la Londres de la segunda guerra mundial, y en ese momento aparece el amante vivo, y ella irónicamente debe dejarlo por la oración y la apuesta hecha, pero no puede decirle porqué, no hay justificación alguna en la multitud, en la sabiduría de los pueblos, en los lugares comunes, sino que el individuo se encuentra en ese momento en silencio con la conciencia de su singularidad y su apertura a una realidad no definida ni determinada por las circunstancias; su propia nada diría Sartre, en la reflexión de su interioridad.

Por lo tanto, esta ironía fundamental de ser escritor sin ser autor va en la misma dirección. Pues decirse autor es como pretender que lo escrito, lo realizado depende de forma completa y absoluta de mi propia subjetividad, porque de alguna manera ésta se encuentra conformada y configurada con la multitud de la época. Paradójicamente ser autor, que pretende un grado de autonomía total, de corte ilustrado, es todo menos personal. La ironía es por ello la suspensión de ser autor para estar atento a una comunicación personal con la realidad, con las posibilidades no dadas, futuras o trascendentes; o a la riqueza de lo real y los fenómenos que no se agotan en nuestras categorías de sujeto trascendental, con las cuales pretendemos objetivar e identificar los entes. Y, al mismo tiempo, es una postura ética, como también lo era en Sócrates, en la cual cada individuo se sabe individuo y abierto a la posibilidad de su propia responsabilidad como libertad; pero donde la libertad no es emancipación o liberación, sino saber recibir aquello que somos, que ya nos

comprende y nos llama de alguna forma. Es la ironía la que prepara el camino para que la comunicación no se de como un depender de un autor y en su autoridad, sino de evidenciar por sí mismo la verdad y encontrarse en la posibilidad de elegirla o no.

En este sentido, la ironía es el inicio del movimiento de la comunicación, porque es el momento de la suspensión de lo general, de la multitud, en la cual el individuo adquiere conciencia de su condición singular y personal; es condición de comunicación personal. Pero por lo mismo es indirecta, porque la comunicación directa sería otorgar el contenido de la verdad, pero como esta es una forma de ser, en cuanto ética o ética-religiosa, implica al comunicador mismo, en este caso al escritor. El escritor comienza con un acto de ignorancia socrática presentándose no como autor, sino como escritor; y para hacer esto en el caso de Søren, se da la creación teatral de diversos autores, que lo son en la medida en que se presentan como personalidades irónicas de las formas y tipos de pensar sobre lo que significa ser un individuo singular. Y lo hace creando la distancia necesaria para que el lector participe de la comunicación, lleve a cabo el acto de suspensión y después pueda tener disposición para elegir y conocer la verdad por sí mismo; por ello, para Kierkegaard en un texto que se llama *Ejercitación del cristianismo*, Cristo es Él mismo comunicación indirecta porque la elección del amor y la fe debe ser personal, intransferible, de tú a tú.

En términos de la filosofía, la ironía rompe el esquema de sujeto-objeto y lo abre a una relación personal que, si bien es discutible si fue o no Hegel, en el cual se da la idea de sistema como la identidad absoluta entre sujeto y objeto, como el sueño más acabado de la ilustración, en el contexto de Kierkegaard la pretensión de acabar el sistema de Hegel, o de continuarlo o de superarlo, se dio bajo las tres divisiones clásicas de la escuela hegeliana; y, por ello, vemos en muchos de los escritos kierkegaardianos un uso irónico de las categorías hegelianas, como la del concepto de la angustia, la estructura de algunos textos al estilo de los hegelianos de su tiempo o inclusive en la construcción misma de los seudónimos, como lo es el de Johannes Climacus.

3. Conclusión: La ironía como forma de vida.

De esta forma podríamos preguntarnos ¿cuáles son las formas que adquiere la ironía en los diferentes estadios de la existencia? ¿Existe una ironía estética, ironía ética o ironía religiosa? Me inclinaría a responder positivamente, pero indicando que la ironía produce en cada estadio un estado de ánimo similar, que es la angustia, como la conciencia de la posibilidad de la libertad.

En este sentido, podríamos comprender la formación de los seudónimos como personalidades irónicas suspendidas teleológicamente, que generan en el lector un estado de ánimo, un tipo de angustia, para suspender aquello que del tema ha creído verdadero y lo ponga en tela de juicio, en horizonte de comprensión o de posibilidad de elección en relación con su propia individualidad. La ironía estética podría ser el modo en el cual la personalidad, definida solo por el carácter de su inmediatez, pudiera suspender la misma y plantearse la posibilidad de una vida más auténtica; no aniquilando lo estético, sino orientándolo en el sentido de su mediación ética o ética-religiosa. Me parece que Kierkegaard llega a plantearla como la melancolía.

Habría una ironía ética, en la medida en que el individuo suspendiera la moral social, generalmente aceptada por una lógica o una serie de justificaciones tradicionales, para plantearse la posibilidad de una forma de vida que debe elegir sólo para él y en él. Esta no puede ser comunicada bajo la mediación de la palabra o la razón, sino solo en la situación de contemporaneidad, como en el caso de Abraham, y por tanto enfrentarse a la posibilidad del escándalo o de la fe. Esto en parte es lo que realiza el seudónimo Johannes Climacus en *Migajas filosóficas*.

O bien una ironía religiosa, como lo hace Kierkegaard en sus panfletos de *El instante* o en sus discursos edificantes. En este caso, lo planteo como hipótesis, pues en ellos cada uno de los textos nos pone en suspensión ante el grado máximo de exigencia del requisito de ser cristiano, y que al final tiene que ver con entregarse completamente al amor en todas las dimensiones posibles. Por ejemplo, *En las obras del amor* la exigencia del amor podría llegar a hacer concluir a algunos que solo se puede amar realmente a los muertos, para los cuales ya no hay preferencias.

Finalmente, creo que ese es el sentido mismo de la ironía kierkegaardiana, provocar la suspensión de lo que creemos verdadero en cada uno de los estadios para plantearnos siempre la apertura radical de lo que significa la relación personal con la realidad, con uno mismo, los otros y Dios. Dicho en otras palabras, que el movimiento existencial que provoca la ironía es solo el primer movimiento, la suspensión. Se requiere un segundo movimiento, como expresa en varias obras, según el cual la verdad no se queda en la objetividad del sujeto, sino que puede reduplicarse existencialmente y, sobre todo, revelarse en la acción. En este sentido, la ironía tiene siempre este sentido de estar abierto a la revelación, al otro, a la elección.

Esto no quiere decir que no haya contenidos objetivos, sino más bien que la realidad no se reduce a ellos, y menos la existencia del devenir humano; significa que todo texto, toda escritura, literatura, es sólo la ocasión de relacionarse con la verdad, la ocasión de ser contemporáneo. Esto es lo que planteábamos al principio de la exposición con el ejemplo del seudónimo de *Temor y Temblor*, la pregunta ¿quién escribe *Temor y temblor*? Podríamos responder que es una co-escritura, en donde el autor seudónimo como creación estético-poética-irónica es la ocasión para nuestra propia suspensión y elegir escribirnos de alguna forma. De hecho, en una de las obras estéticas de Kierkegaard dentro de su obra *O lo uno o lo otro. Un fragmento de Vida*, que se llama “El primer amor” Kierkegaard plantea esta idea del escritor, que ha planteado religiosamente en *Mi punto de vista*, estéticamente:

Las producciones desprovistas de ocasión carecen siempre de algo, no de algo que está fuera de ellas, pues aun cuando la ocasión es parte de ellas, en otro sentido no lo es, sino que carecen de algo en ellas mismas. Una producción para lo cual la ocasión lo es todo carece asimismo de algo. Y es que la ocasión no es positivamente sino negativamente productiva. Una creación es una producción de la nada; la ocasión por su parte, es esa nada que hace que todo surja. Puede que la entera riqueza del pensamiento, que la plenitud de la idea esté ya ahí y, sin embargo, falta la ocasión. Con la ocasión no se llega a nada nuevo, pero con la ocasión todo llega. Este modesto significado de la ocasión se pone ya de manifiesto en la palabra misma. (Kierkegaard, 2006: 248)

Las personalidades irónicas, como Kierkegaard y sus seudónimos, son la ocasión para que sus lectores descubran la verdad como una comunicación personal, existencial y por ello indirecta; es decir, que lo descubran eligiendo por sí mismos la verdad, y no por la autoridad del autor justificado ante la multitud, que sería otra forma de reproducir la falsedad o la nivelación como la llama Kierkegaard en *La época presente*.

Quedan en la reflexión muchas aristas de lo planteado, como son el carácter de cada seudónimo, la dialéctica y el movimiento existencial de los mismos con la experiencia de ser éticamente del lector. Me gustaría, como telón final, sólo plantear en este contexto qué significado, relación y forma tendría otra categoría de Kierkegaard importante para la comunicación que es el humor; puesto que el mismo Kierkegaard plantea en *Sobre el concepto de la ironía* que entre Sócrates y Cristo su similitud es su absoluta disimilitud, la cual reside en que Sócrates es un ironista y Cristo un humorista.

Bibliografía

Auden, W.H. 2013, “Introducción”. En *El pensamiento vivo de Kierkegaard*. Ciudad de México: CONACULTA.

García Martín, José 2017, “The Category of The Single Individual in Kierkegaard”. *European Journal of Science and Theology*. Vol. 13, 2017. No. 3. 99-108. Junio 2017. ISSN 1842-8517.

Guerrero Martínez, Luis I. 2004, *La verdad subjetiva. Søren Kierkegaard como escritor*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Kierkegaard, Søren 1997, *Mi punto de vista*. Madrid: SARPE.

Kierkegaard, Søren 2006, “El primer amor”. En *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida I*. Madrid: Trotta.

Kierkegaard, Søren 2006b, *De los papeles de alguien que todavía vive. Sobre el concepto de ironía*. Madrid: Trotta.

Kierkegaard, Søren. 2009, *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Kierkegaard, Søren 2017, *La dialéctica de la comunicación ética y ético-religiosa*. Trad. José García Martín. Herder: Barcelona.

1 Al tema de la comunicación le dedicó Kierkegaard un pequeño opúsculo suyo inacabado, muy importante para entenderla, denominada *La dialéctica de la comunicación ética y ético-religiosa* (*Den Ethiske og den Ethiske-Religieuse Meddelelses Dialektik*, 1847. SKP, VIII 2 B 86-89/SKS, Papirer 369-371:2.j). Se puede encontrar una traducción reciente al español. Cfr. Bibliografía.

2 Por mencionar algunos: Vigilus Haufniensis, Johannes Climacus, Constantin Constantius, Esteta A, El Juez Guillermo, Hilarius el Encuadernador, Nicolaus Notabene, H.H., Frater Taciturnus, Johannes de Silentio, Victor Eremita, Anti-Climacus, Johannes el Seductor, el joven de la Repetición, y probablemente el mismo Kierkegaard.